

Un profesor de literatura en las arenas movedizas

Ramón Cote Baraibar

Regresaba una noche solo de unas vacaciones de final de año a mi apartamento. Después de abrir la puerta e intentar prender por varias veces la luz de la lámpara de la entrada, comprendí que a ésta no le fallaba el bombillo sino que simplemente estaba desconectada. En la penumbra recordé que a principios de diciembre mis hijas la habían reemplazado para prender el árbol de navidad. Al seguir de rodillas el curso del cable de la lámpara por el suelo, descubrí que se perdía como una serpiente entre los libros de la parte inferior de la biblioteca, de manera que cuando tiré de él salió hacia mí un solo libro. Era *El deseo y el decoro*, de Eduardo Jaramillo, con su inconfundible carátula de color rojo. Ya conectada la lámpara lo abrí y leí la dedicatoria que me escribió en



Eduardo Jaramillo Zuluaga, Clemencia Echeverri y Piedad Bonnett

1995. Sonreí al ver esa letra tan suya en diagonal, con su pluma que amaba tanto y con su firma como del siglo XIX. No habían pasado cinco minutos de aquel encuentro casual, digno del paraguas y la máquina de coser en una mesa de disección, cuando sonó el teléfono: era María Luisa Ortega, quien me decía que Eduardo Jaramillo había muerto.

Era la primera llamada del año y la primera dirigida a un apartamento vacío donde acababa de llegar, y, además, la primera que me hiciera en años María Luisa. Mientras me contaba las terribles circunstancias de Eduardo hundiéndose en esa capa de hielo por intentar salvar a su perro que se había caído en un río congelado, veía paralizado por el impacto de la noticia ese libro que apenas minutos antes acababa de saltar literalmente hacia mí, como pidiendo a su manera que lo salvara. Al par de horas, intentando asimilar la fatalidad de los hechos, comprendí que era la forma personal, fantasmal, que había escogido Eduardo para despedirse desde su LejanOhio, como me escribió al final de esa dedicatoria. Ahí empezó todo cuando acabó todo.

Tendría 16 ó 17 años cuando en un amanecer apareció un sospechoso profesor —con una gabardina gris que le llegaba debajo de las rodillas— a aquel colegio de las afuera de Bogotá para dictar clases de literatura. Él también temblaba por el frío, mientras que sus futuros alumnos temblábamos por el miedo amenazante del régimen impuesto y tácitamente aceptado. Fumaba unos cigarrillos Pielroja que ponía entre sus dientes de castor y bajo su barba de vendedor de biblias extraviado en el desierto. Al entrar a clase, arrojar la colilla con un gesto teatral entre los arbustos recortados y quitarse la gabardina que parecía heredada, descubrimos que era delgado, algo miope y hablaba con un acento amable, un tanto musical, y que la cortesía y los buenos modales eran su carta de presentación, algo inusual en esas latitudes imperantes en el corazón de las tinieblas. Se presentó sencillamente como Eduardo Jaramillo, el nuevo profesor de literatura. Todavía existía la desconfianza por parte nuestra hacia ese intruso al que temíamos que alargara un tanto más la cadena de castigos y suplicios varios, pues esa era la única materia en la que muchos de los estudiantes encontrábamos un refugio, y la habíamos convertido en una especie de búnker blindado. Pero bastaron un par de clases para confirmar que delante

de nosotros se encontraba el mejor profesor de literatura que tendríamos en la vida. No recuerdo muy bien el plan de estudios que expuso en su momento, pero a medida que pasaron las semanas su clase se convirtió primero en una especie de tregua, luego en un breve oasis y más tarde en un verdadero paraíso. Con él y gracias a él descubrimos a Poe, Whitman, analizamos algunos poemas de Guillén —“Anillo”, lo recuerdo con total claridad—, de Góngora, de Quevedo y o del cancionero tradicional (“Moça tan fermosa / non ví en la frontera, / como una vaquera / de la Hinojosa”). O esa belleza de “Estos mis cabellos, madre, / dos a dos me los lleva el aire”. Tenía Eduardo la particularidad que amaba la literatura como a nadie en el mundo y estaba dispuesto a contagiarnos para siempre con esa enfermedad cuyo antídoto no se conoce todavía.

Yo ya llevaba escribiendo algunos años y con Eduardo encontré esa especie de confidente secreto del que hablaba Conrad, y por él y con él crucé también, o me ayudó a cruzar, esa línea de sombra de una adolescencia cruenta e igual a cualquier otra: cenagosa, dubitativa, con sus infaltables arenas movedizas.

Tendría que buscar en una hemeroteca la causa de un apagón regulado en la Bogotá de aquellos años de principios de los ochenta, pero el hecho es que Eduardo nos propuso, para emplear las dos horas muertas, la tarea —si se puede llamar así— de leer a Poe: “A Poe hay que leerlo a la luz de una vela, y si pueden, en compañía del humo espeso de un habano”. Esa manera de convertir la lectura en una verdadera aventura, de transformarla en una liturgia, de sentir a la palabra como si fuera algo sagrado, fue su manera de irnos convirtiendo en fieles adeptos a la religión de la galaxia Gutenberg, al decir de Vila-Matas.

Contábamos con los dedos de las manos los días que nos faltaban para asistir a su clase y decirle todo lo que, por su culpa, nos había sucedido. Hasta los más apáticos salían con unas historias truculentas que nos hacían comprender que todos sin excepción, estábamos bajo el hechizo de ese delgado profesor con dientes de castor y con barba de vendedor de biblias, en las arenas movedizas de nuestra adolescencia. Así, por ejemplo, supimos que Mario Mendoza iba de noche con otros compañeros de clase al cementerio de Usaquén a descubrir a Ligeia, a ver pasar a Berenice entre las tumbas, a Morelia cruzar sonámbula con su traje largo por la niebla llorando sobre los sepulcros.

(Más tarde y como consecuencia de lo anterior, en vez de desplazarse tan lejos, Mario prefirió instalar una mesa y un asiento debajo de un puente que había cerca de su casa, donde pasaba las horas leyendo, iluminado por la luz de una vela. Y no vayan a creer que estoy mintiendo: me consta porque ahí estuve con él). Esas eran las reacciones comunes a sus extrañas y fascinantes propuestas: nadie podía salir indemne de ellas.

Al vernos contar los diversos avatares de nuestras lecturas y oír los respectivos análisis de los cuentos, Eduardo se reía complacido y no juzgaba los resultados, sino que respetaba —y alentaba— lo que cada uno hacía con ellos. Por un lado estaba la libertad que nos proponía, pero por otro exigía la necesidad del análisis, manteniendo un equilibrio entre la teoría literaria y la pasión desbordada. Parecía decir Eduardo que sólo vale la pasión si va acompañada del rigor de la reflexión. Y también otra cosa: más que recriminarnos los abultados errores, nos animaba a continuar con los incipientes aciertos.

Como él sospechaba de nuestras aventuras letraheidas, nos acompañó con la paciencia de un santo en la elaboración y corrección de nuestros —mis— primeros —atroces— poemas y —nuestros— cuentos.

Guardo como tesoros dos de sus libros fotocopiados que me regaló en aquel entonces: *Los cuatro cuartetos* de Eliot (en la traducción de Wilcock) y *Tabaquería* de Pessoa. Ambos están encuadernados —los estoy viendo ahora cuando escribo estas palabras— con la misma cartulina gris; ambos tienen el título en el lomo marcado con el ya olvidado, pero muy útil en su momento, Letraset, y ambos tienen en la portada su parsimoniosa letra un tanto gótica. Ese era, en definitiva, el material sagrado, los libros sagrados, las lecturas sagradas. Y hablando de nuevo de lecturas y recomendaciones, nos pasaba fragmentos de Proust, poemas de Neruda, Vallejo, Baudelaire, Rimbaud, Lautreamont, y leíamos también a Cernuda, poeta al que le tenía un afecto particular. Por él leí al sevillano, y lo sigo leyendo agradeciéndole compartir conmigo sus lecturas más personales. “El mayor poeta de nuestra lengua”, me advirtió en más de una ocasión.

Todo lo que señalaba con sus dedos huesudos y delicados era necesario, revelador, escondía una clave, contenía algo esencial: recuerdo su análisis de “Argumentum Ornithologicum” y “Los dos reyes y los dos laberintos” de Borges; Arreola, Rulfo, Cortázar,

Zalamea Borda (no se me ha olvidado que nos leía la comparación que se hace en *4 años a bordo de mí mismo* del golpe de las olas en el casco del barco con el de las teclas en la máquina de escribir en la hoja de papel). Así como no recuerdo la causa de los apogones que produjeron el humeante milagro de Poe y sus funerarias andanzas mendocinas, tampoco puedo saber por qué me enfermé —con una rabia infinita por perderme sus clases— durante dos semanas. Él me propuso que leyera *La montaña mágica*. En esas horas solitarias de convalecencia en que la sensibilidad está a flor de piel y las arenas movedizas están más amenazantes que de costumbre, el dictamen médico que se hacía del enfermo entre sus páginas coincidía exactamente con el mío: si a él le subía unas décimas de fiebre, a mí también, o si le bajaba, me pasaba lo propio. “Espera el momento en el que Hans Castorp se le declare a Madame Chauchat”, me decía, “vas a ver que es la declaración de amor más hermosa de la literatura. Y está escrita en francés y no en alemán”. En ese estado de obligatoria —y resignada—, postración, me visitó en alguna ocasión y viendo que estaba enfrascado en la lectura de una antología de la poesía nicaragüense, me leyó “El canto de guerra de las cosas” de Joaquín Pasos:

Cuando lleguéis a viejos, respetaréis la piedra,
si es que llegáis a viejos,
si es que entonces quedó alguna piedra [...]

También leímos los poemas de Pablo Antonio Cuadra y me reveló la obra de Alfonso Cortés, ese raro poeta extraviado por una enfermedad mental que, quizás por ese desvarío, pudo escribir en su poema “Ventana”: Un trozo de azul tiene mayor / intensidad que todo el cielo.

Ese último año de bachillerato lo perdí con todos los honores, no por su culpa, eso hay que aclararlo. Pero gracias a ese fortuito resbalón académico me pude salvar del servicio militar, por lo que me fui a otro colegio donde seguí escribiendo unos poemas que con el tiempo formarían parte de mi primer libro: *Poemas para una fosa común*, libro que originalmente se titulaba “*Hábito del tiempo*” —muy en la órbita borgeana de Eduardo—, el cual le llevé fotocopiado un día, ataviado con una gabardina que había heredado de mi mamá —y con la cual me sentía como una mezcla del atormentado Peter O’Toole y del derrotado

Leonard Cohen, mis dos héroes del momento— al antiguo colegio de vacas y nieblas, con su temible Kurtz vigilando como un halcón. Era mi manera de agradecerle lo que había aprendido con él.

Pasaron veinte años —“de casi todo ya hace 20 años”, como diría Gil de Biedma—, hasta que lo volví a ver en la Feria del Libro de Bogotá del año 2008 y luego en casa de Piedad Bonnett, quien hizo una comida en su honor. Esa fue la última vez que estuvimos juntos y era el mes de abril, de eso sí que estoy seguro. Recordamos aquel particular colegio del extrarradio bogotano y le dediqué mi segundo libro de cuentos, con las palabras que no por falta de imaginación sino por pura justicia siempre le puse: “A EJ, el mejor profesor de literatura del mundo”. Al mes de ese encuentro recibí un paquete enviado desde la Universidad de Denison (Ohio) —donde trabajaba como profesor de literatura— que contenía un libro de cuentos de Dan Chaon que me recomendaba y una carta metida entre sus páginas, las últimas palabras que él me dirigiera, con toda su bondad, rigor e intuición. Pero siempre quedaba yo en deuda con él, por no haberle dicho lo importante y lo decisivo que había sido para mí, la manera como nos fue salvando a cada uno y a cada uno de nuestras arenas movedizas.

Mirando paralizado *El deseo y el decoro* después de la llamada de María Luisa, con esa suma de recuerdos que se iban acumulando como si fuera una represa a punto de explotar, como ese hielo del río que se fue quebrando por el peso de su cuerpo, me acordé que Eduardo nos propuso un ejercicio en clase que consistía en decirle qué significaba para nosotros este verso de Neruda: “El mar se ha puesto a golpear por años una pata de pájaro”. No lo sé todavía, quizás por eso siga escribiendo, para poder darle la respuesta el día que me lo vuelva a encontrar. ■

Ramón Cote Baraibar (Colombia)

Es licenciado en Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid. Publicista, ensayista y crítico. Ha publicado, entre otros, *Informe del estado de los trenes en la antigua estación de Delicias* (1992) y *Botella Papel* (1999). Fue ganador del III Premio Casa de América de Poesía Americana, en 2003, con su libro *Colección privada*.



II Congreso de Literatura

Universidad de Antioquia y Fiesta del Libro 2011

14, 15 y 16 de septiembre

El Congreso de Literatura “Medellín Negro” tiene como objetivo fortalecer un espacio urbano y académico de discusión interdisciplinaria en torno al tema del crimen tomando como eje articulador la literatura negra y la red internacional de eventos como Barcelona negra, Santiago Negro, Semana Negra de Gijón o el Festival de Novela Policiaca de Madrid «Getafe Negro», entre otros.

El evento pretende reunir diferentes públicos que pueden ser profesores universitarios, maestros de educación media, escritores, abogados, médicos y, en general, ciudadanía interesada en el tema.

Entrada gratuita
Cupo limitado

Informes:

Teléfono: 219 8931 - 219 5915
e-mail: congresoliteraturaudea@gmail.com

Organizan:

